

forzosa con todos los sucesos de sus novelas. Su conciencia está poblada por imágenes de lujuria contra naturaleza, de bestialidad, de pasivismo y de otras aberraciones, y no se contenta con hacer hincapié con concupiscencia ante los actos de esa índole de los hombres, sino que hasta produce animales que se acoplan (véase *La Tierra*, pág. 10). La vista de ropa interior de mujer le procura una excitación especial, y no puede nunca hablar de ello sin revelar, por el colorido emocional de sus descripciones, que las representaciones de este orden están en él voluptuosamente acentuadas. Que se juzgue por trozos como éstos, que pueden ser fácilmente multiplicados: «Los encajes y la ropa blanca, desplegados, arrugados, tirados al azar, hacían pensar en un pueblo de mujeres que se hubiera desnudado allí en el desorden de una racha de deseo.» «La sección había sacado todos sus artículos de ropa blanca, y era aquello, allí, como en todas partes, un desbordamiento de ropa blanca, de qué vestir por dentro á todo un tropel de Amorcillos frioleros.» «Un ejército de maniqués sin cabezas y sin piernas, que no alineaban más que torsos, gargantas de muñecas aplastadas bajo la seda, de una lubricidad trastornadora de inválido, y al lado, sobre otros soportes, las telas de faldas, rellenas de crin, prolongaban aquellos mangos de escoba en grupas enormes y tendidas, cuyo perfil adquiría una inconveniencia caricatural... Allí, las camisolas, los cubre-corsés, los peinadores matinales, las batas, la tela, el nansú, los encajes, los largos trajes blancos, sueltos y ligeros, en los cuales se sentían los estiramientos de las perezas matinales al despertar de las noches de caricias...

respondió; ese es mi único vicio; y cuando en mi casa no hay algún buen plato en la comida, lo siento como una desgracia; como una gran desgracia... No hay nada como una buena comida... Las otras cosas, para mí, como si no existieran... ¡Ah! no sabe usted qué vida es la mía!» Cuando M. Zola, según el testimonio de M. de Goncourt, hablaba de esta manera, tenía exactamente treinta y cinco años.

Era, en los equipos de ropa blanca, el desembalaje indiscreto, la mujer puesta de cabeza sobre el suelo y vista por debajo, desde la burguesa medianamente acomodada con sus telas unidas, hasta la dama rica envuelta en encajes; una alcoba públicamente abierta, cuyo lujo oculto, los plegados, los bordados, las puntillas, se convertían como en una depravación sensual<sup>1</sup>. Este efecto de la ropa interior femenina sobre los degenerados que padecen psicopatía sexual es muy conocido en la psiquiatría, y ha sido con frecuencia descrito por Krafft-Ebing, Lombroso y otros<sup>2</sup>.

A la psicopatía sexual de M. Zola se añade asimismo el papel que representan en él las sensaciones olfativas; el predominio del sentido del olfato y su relación con la vida sexual llama la atención en muchos degenerados. Los olores adquieren también en sus obras una importancia superior; Tolstoi (en *La Guerra y la Paz*) nos muestra al príncipe Pedro resolviéndose de repente á casarse con la princesa Elena en cuanto percibe su olfato el olor de la princesa en el baile<sup>3</sup>. En el cuento titulado *Los*

<sup>1</sup> Emilio Zola, *Al Paraiso de las Damas*. París, 1891, páginas 141, 487, 493, 494.

<sup>2</sup> Dr. R. von Krafft-Ebing, *Psychopathia sexualis*, etc., tercera edición, Stuttgart, 1888. Observación XXIII, caso de Zippe, página 55; observación XXIV, caso de Passow, pág. 56; nota de la página 57, caso de Lombroso. En cada una de estas tres observaciones los enfermos trataban de procurarse la vista y el contacto de ropa blanca de mujer para excitarse sexualmente.

César Lombroso, *Le più recenti scoperte*, etc., pág. 227: «Tenía siempre sensaciones voluptuosas viendo matar animales ó al divisar en los escaparates de los almacenes ropa blanca interior de mujer.» El caso de que habla aquí Lombroso es el de un degenerado de quince años que ha observado el Dr. Mac-Donald de la Universidad de Clark.

<sup>3</sup> León Tolstoi, *La Guerra y la Paz*, edición citada, primera parte, pág. 373: «Olfateaba el calor de su cuerpo, respiraba el olor del perfume... Y en aquel momento Pedro comprendió que no sólo Elena podía ser su mujer, sino que debía serlo; que no era posible de otro modo.» Cuéntase que el rey de Francia Enrique III se casó con María de Clèves, porque en las bodas del rey de Navarra y de su hermana Margarita de Valois, queriendo enjugarse el rostro con

*Cosacos* no habla nunca del tío Ierockka sin mencionar el olor que desprende <sup>1</sup>. Hemos visto en los capítulos anteriores con qué satisfacción los diabólicos y los decadentes, Baudelaire, M. Huysmans, etc., se fijan en los olores, y sobre todo, en los malos olores; M. Barrés hace decir á su princesita en el *Enemigo de las Leyes*: «En la cuadra, adonde voy todas las mañanías, ¡oh! ese olorcillo de cuadra caliente y agradable, y aspiraba con una linda (!) expresión sensual...» <sup>2</sup>. M. de Goncourt describe en *La Faustin* cómo la cómica hacía oler su seno á su lord Annandale: «Oled; ¿qué huele usted? dijo á lord Annandale.—Pues huelo á clavel, repuso él, acariciándole (el seno) con sus labios.—Y ¿qué más?—Huelo la piel de usted.» <sup>3</sup>. A. Binet hace constar que «los olores del cuerpo humano son las causas responsables de un cierto número de uniones contraídas por hombres inteligentes con mujeres inferiores pertenecientes á su servidumbre. Para determinados hombres, lo que hay de esencial en la mujer no es la belleza, el ingenio, la elevación del carácter, es el olor; la persecución del olor que les gusta los determina á buscar á una mujer fea, vieja, viciosa, degradada; llevado hasta ese punto el gusto por el olor, se convierte en una enfermedad del amor» <sup>4</sup>. Una enfermedad, añadiré yo, que padecen solamente los degenerados: los ejemplos que cita Binet en el curso de su trabajo y que pueden buscarse en él, dado

la camisa empapada en sudor de la joven princesa, se sintió de tal modo embriagado por el olor que se desprendía, que no tuvo descanso hasta que llegó á poseer á la que había llevado aquella camisa. Véase Krafft-Ebing, *Psychopathia sexualis*, pág. 17.

<sup>1</sup> León Tolstói, *Obras completas*, t. II, edición citada, página 385: «Al mismo tiempo que él había penetrado en el cuarto, un olor fuerte, pero no desagradable, etc.»

<sup>2</sup> Mauricio Barrés, *El Enemigo de las leyes*, pág. 47.

<sup>3</sup> Edmundo de Goncourt, *La Faustin*, París, 1882, pág. 267.

<sup>4</sup> Alfredo Binet, *El Fetichismo en el amor*, etc., pág. 26. Este trozo hará pensar al lector alemán en el «olfateador de almas» G. Jæger; no necesito pues, mencionarlo aquí.

que no tengo motivo ninguno para reproducirlos aquí, prueban esto á saciedad, y Krafft-Ebing, á la vez que insistiendo sobre «las relaciones próximas entre el sentido genésico y el sentido olfactivo», hace constar expresamente: «En todo caso, las percepciones del olfato representan en los límites fisiológicos (es decir en los límites de la vida sana) un papel muy subordinado» <sup>1</sup>. Aun hecha abstracción de su significación genésica, el desarrollo del sentido del olfato en los degenerados, no sólo de especie superior, sino de la especie más baja, ha llamado la atención de muchos observadores; así es como Séguin habla de «idiotas que distinguían por sólo el olor la esencia de las maderas y de las piedras, sin el concurso de la vista, y los cuales, sin embargo, no eran afectados por los olores y los sabores estercolarios ó fecales, y en los cuales el sentido del tacto era obtuso y desigual» <sup>2</sup>.

El caso de M. Zola forma parte de esta serie. Muestra á la vez un predominio enfermizo de sensaciones del olfato en su conciencia y una perversión del sentido olfactivo que le hacen parecer especialmente agradables y sensualmente excitantes los más malos olores, singularmente los de excreciones humanas. M. Leopoldo Bernard, inspector de la Academia, se ha tomado el trabajo en un estudio muy laborioso que, cosa rara, ha permanecido casi ignorado <sup>3</sup>, de coleccionar todos los pasajes de las novelas de M. Zola, en que se trata de olores y de mostrar que los hombres y las cosas no se presentan á él, como á los individuos normales, en primer término como fenómenos ópticos y acústicos, sino como apercepciones olfactivas. Zola caracteriza á todos sus personajes por su olor; en *La Falta del abate Mouret*, Albine se nos presenta «como un

<sup>1</sup> Dr. R. von Krafft-Ebing, *Psychopathia sexualis*, pág. 15, nota y pág. 17.

<sup>2</sup> E. Séguin, *Tratamiento moral, higiene y educación de los idiotas*. París, 1846.

<sup>3</sup> L. Bernard, *Los olores en las novelas de Zola*, Montpellier, 1889.

gran ramillete de un olor fuerte»; Sergio era en el seminario «un lirio cuyo buen olor encantaba á sus maestros»; Desirée «exhalaba un olor de salud», y Nana «desprende un olor de vida, una omnipotencia de mujer». En *Pot-Bouille*, Bachelard exhala «un olor de libertinaje encanallado»; Mme. Campardon tiene «un buen olor fresco de fruta de otoño». En *El Vientre de París*, Francisca «huele á tierra, á heno, á aire libre, á cielo abierto». En la misma novela se encuentra «la sinfonía de los quesos» tan famosa entre los entusiastas de M. Zola como la descripción detallada, estremecida de concupiscencia, de los hedores diversos de la ropa sucia en el *Assommoir*.

Para los «comprensivos», que ya conocen mis lectores, esta insistencia sobre el olor que desprenden los hombres y las cosas es, naturalmente, una cualidad y una perfección más. Un poeta que olfatea tan bien y recibe por medio de la nariz tan ricas impresiones del mundo, es «un instrumento de observación más vibrante», y su arte de presentar las cosas es más variado que el de los poetas que reproducen las impresiones de menos sentidos. ¿Por qué se habría de prescindir en poesía del sentido del olfato? ¿No tiene la misma razón de ser que todos los demás sentidos? Y sobre esto se edifica en un momento una teoría estética que, ya lo hemos visto, induce al Des Esseintes de M. Huysmans á componer una sinfonía de perfumes, y que lleva á los simbolistas á hacer acompañar sobre la escena sus poemas por olores que pretenden corresponder al contenido de los versos. Los disparatadores «comprensivos» no sospechan una vez más que esgrimen sus armas sencillamente contra la marcha de la evolución orgánica en la serie animal; no depende del antojo de un ser constituirse una representación del mundo exterior con ayuda de un grupo de apercepciones de tal ó cual sentido; dicho ser está bajo este respecto completamente sometido á la conformación de su sistema nervioso; los sentidos que predo-

minan son los que el ser utiliza para adquirir su conocimiento, y los sentidos, menos ó en ningún modo desarrollados, ayudan poco ó no ayudan absolutamente nada al cerebro á reconocer y á comprender el mundo. Para el buitre y el condor el mundo es un cuadro; para el murciélago y para el topo, un trozo de música y una sensación táctil; para el perro, una colección de olores. En lo que concierne especialmente al olfato, tiene su sentido central en el lóbulo olfativo del cerebro, que disminuye á medida que el lóbulo frontal se desarrolla; cuanto más se descende en la serie de los vertebrados, más grande es relativamente el lóbulo olfativo, más pequeño el lóbulo frontal; en el hombre el lóbulo olfativo es completamente subordinado, y el lóbulo frontal, asiento probable de las más elevadas funciones intelectuales, entre otras del lenguaje, predomina con mucho. La consecuencia de estas condiciones anatómicas que se sustraen á nuestra influencia, es que el olfato no tiene ya, por decirlo así, ninguna parte en nuestro conocimiento; el hombre obtiene sus impresiones del mundo exterior, no ya por la nariz, sino principalmente por el ojo y por el oído. Las apercepciones olfativas no suministran sino una contribución imperceptible á los conceptos que están formados de los elementos de apercepciones; los olores no pueden pues, sino en una medida de las más limitadas, suscitar conceptos abstractos, es decir una actividad intelectual superior y complicada, y excitar las emociones acompañantes de ésta; una «sinfonía de perfumes» en el sentido de Des Esseintes no puede, por consiguiente, dar tampoco la impresión de lo bello moral, dado que éste es una representación elaborada por los centros de ideación. Para inspirar al hombre por solo los olores, conceptos abstractos, ideas y juicios lógicamente encadenados, para hacerle concebir el fenómeno del mundo, los cambios de éste y las causas del movimiento, como una sucesión de perfumes, habría que suprimir en el hombre su lóbulo frontal y substituirle el

lóbulo olfactivo de un perro, cosa que, se convendrá seguramente en ello, está por encima de la capacidad de los imbéciles « comprensivos », sea cualquiera el fanatismo que pongan en la predicación de su estúpida estética. Los olfateadores entre los degenerados representan un atavismo que se remonta, no ya siquiera hasta los primeros tiempos del hombre, sino infinitamente más lejos aún, hasta los tiempos anteriores al hombre; su atavismo retrograda hasta á los animales, en los cuales, como hoy todavía en la cabra almizclera, la actividad sexual era directamente excitada por materias olorosas, ó en los cuales, como actualmente en el perro, obtenían su conocimiento del mundo por el funcionamiento de su nariz.

El éxito extraordinario obtenido por M. Zola entre sus contemporáneos no se explica por sus elevadas dotes de escritor, especialmente por la fuerza extraordinaria y la potencia de sus descripciones románticas y por la intensidad y la verdad de su emoción pesimista, que hace irresistiblemente impresionante su representación del sufrimiento y de la tristeza, sino por sus peores defectos, por su trivialidad y su lascivia. Esto puede probarse por el más seguro de los métodos: el de las cifras; que se consulte acerca de la tirada de sus diferentes novelas, las indicaciones impresas, por ejemplo, á la cabeza de la última edición del *Assommoir* (que lleva el milésimo 1893); se ve allí que *Nana* ha sido tirada á 160.000 ejemplares; *La Debâcle* (*El Desastre*), á 143.000; el *Assommoir*, á 127.000; *La Tierra*, á 100.000; *Germinal*, á 88.000; *La Bestia humana* y *El Ensueño*, cada uno á 83.000; *Pot-Bouille*, á 82.000; por lo contrario, *La Obra* ha sido tirada á 55.000; *La Alegría de Vivir*, á 44.000; *La Ralea* (*La Curée*), á 36.000; *La Conquista de Plassans*, á 25.000; los *Cuentos á Ninon*, ni siquiera á 2.000 ejemplares, etc. Así pues, las novelas que más se han vendido son aquellas en las cuales se muestran con mayor violencia la lujuria y la grosería bestial, y la venta baja con una exactitud matemática

á medida que la capa de porquería extendida por M. Zola sobre su obra con ayuda de la llana del albañil, se va haciendo más delgada y menos fétida. Tres novelas parecen hacer excepción á esta regla: *La Debâcle*, *Germinal* y *El Ensueño*; su rango elevado desde el punto de vista de la cifra de las ediciones se explica porque la primera trata de la guerra de 1870, la segunda del socialismo, la tercera del misticismo; estas tres obras se dirigían á un estado de alma de la época, iban con la corriente de moda; pero todas las demás han debido su éxito á los más bajos instintos de la muchedumbre, á su pasión bestial por el espectáculo del crimen y de la voluptuosidad.

M. Zola tenía necesariamente que hacer escuela, primero á causa de sus éxitos de librería que empujaron á seguir sus huellas á toda la baja ralea de intrigantes y plagiarios literarios, y luego á causa de la facilidad con la cual pueden ser imitadas sus más llamativas especialidades. Su estética es accesible á todo despilfarrador de tiempo que desdora, por sus gestos de escritor, la vocación literaria; una enumeración maquinal y vacía de ideas, bajo pretexto de descripción, de aspectos completamente indiferentes, no exige ningún esfuerzo; no hay portero de lupanar que no sea capaz de narrar una vulgar orgía con las más groseras expresiones. La única cosa que podría ofrecer alguna dificultad sería la invención de una fábula, la construcción de una armazón de acción; pero M. Zola cuya fuerza no es el don de contar, se alaba de esta imperfección como de un mérito especial y proclama como una regla de arte que el poeta no debe tener nada que contar. Esta regla conviene por excelencia á todos los amantes de porquerías que se arrastran en pos suya; su impotencia se convierte en su más brillante cualidad; no saben nada, no pueden nada y son por esto especialmente aptos para la « moderna », como se dice en Alemania; sus pretendidas « novelas » no ofrecen intereses humanos, ni caracteres, ni destinos, ni situaciones, ni sucesos; pero

¡eso precisamente es lo que constituye su valor, oh infeliz *filisteo* que no sabes verlo!

La justicia exige, por otra parte, que entre los imitadores de M. Zola se distingan dos grupos. Uno cultiva principalmente su pesimismo y acepta por añadidura además, sin entusiasmo, con frecuencia hasta con una molestia visible y una repugnancia secreta, sus obscenidades; se compone de histéricos y de degenerados que son de buena fe, que por consecuencia de su constitución orgánica, sienten efectivamente de una manera pesimista y han encontrado en M. Zola la fórmula artística que responde á sus más verdaderos sentimientos; coloco en este grupo á algunos autores dramáticos del «Teatro Libre» de París, dirigido por M. Antoine, y á los «veristas» italianos. El teatro naturalista es la cosa menos verdadera que se haya visto hasta ahora, algo menos verdadero aún que la opereta y la comedia de magia; cultiva, en efecto, las «palabras crueles», es decir las frases en las cuales los personajes hacen gala abiertamente de todas las ideas y todos los sentimientos lastimosos, infames y cobardes que surgen en sus conciencias, y no tiene en cuenta sistemáticamente este hecho, el más primitivo y el más palpable: que la característica del hombre con mucho más extendida y más tenaz, es la hipocresía y el disimulo, que las forma; de las costumbres sobreviven infinitamente á la moralidad, y que el hombre simula tanto más la honradez y oculta bajo apariencias tanto más gazmoñas su bajeza, cuanto sus instintos son más falsos y más abyectos. Los veristas, entre los cuales se encuentran no pocas vigorosas naturalezas de escritores, son uno de los fenómenos más sorprendentes y más afflictivos en la literatura contemporánea; se concibe el pesimismo en la Francia sometida á duras pruebas; se le concibe también en la estrechez insoportable de la vida social del Norte crepuscular, con su cielo gris nublado y en donde hace estragos el alcohol; se comprende igualmente el erotismo en la pobla-

ción parisiense sobre-excitada y agotada, y en el Norte escandinavo, como una rebeldía, que va, por otra parte, mucho más allá del objeto, contra la disciplina celadora y la opresión morosa de una beatería sin alegría y mortificadora de la carne; ¿pero cómo bajo el radioso sol y el cielo eternamente azul de Italia, en medio de un pueblo bello, alegre, que canta hasta cuando habla, pudo nacer el pesimismo sistemático (enfermos como Leopardi pueden, naturalmente, aparecer excepcionalmente en todas partes), y cómo los italianos pudieron llegar á lúbricas licencias de dementes, cuando en su país subsiste todavía vivo en los templos y en los campos un recuerdo de la sensualidad candorosamente robusta del mundo pagano con sus símbolos de fecundidad, y la sexualidad natural y sana ha conservado siempre allí, á través de los siglos, el derecho de expresarse inocentemente en arte y en literatura? Si el verismo es otra cosa que un ejemplo de propagación de epidemias intelectuales por imitación, á la crítica científica italiana incumbe la tarea de explicar esta paradoja de la historia de las costumbres.

El otro grupo de los imitadores de M. Zola no se compone de degenerados superiores, de enfermos que se dan sinceramente por lo que son y expresan, con frecuencia, con talento, lo que sienten, sino de gentes á la altura moral é intelectual de los chulapos, que en lugar del oficio de esos pájaros nocturnos, han escogido el oficio menos peligroso y hasta ahora más estimado de autores de novelas y de dramas, cuando la teoría del naturalismo se lo hizo accesible. Esta mala ralea no ha tomado de M. Zola más que la indecencia, y de conformidad con su grado de cultura, la ha reducido hasta lo obsceno sin circunlocuciones. A este grupo pertenecen los pornógrafos parisenses de profesión, de los cuales los periódicos diarios y hebdomadarios, las narraciones, los cuadros y las representaciones teatrales á la manera de M. de Chirac, proporcionan constantemente tarea á los tribunales de justi-

cia; los autores noruegos de novelas de ninfas del arroyo, y desgraciadamente también una parte de nuestros realistas de la «Joven-Alemania». Este grupo está fuera de la literatura; forma una parte de esa hez de las grandes ciudades que por horror al trabajo y cebo del lucro, cultiva profesionalmente la inmoralidad y ha escogido este oficio con plena responsabilidad, únicamente por horror al trabajo y cebo del lucro. No es la psiquiatría, sino la justicia criminal, la que es competente para apreciarlo.

## II

### LOS PLAGIARIOS «JOVENES-ALEMANES»

Este capítulo sale, en realidad, fuera del marco de este libro. No hay que olvidar que no he querido escribir ni una historia de la literatura ni ejercer la crítica estética corriente, sino demostrar el estado de espíritu malsano de los iniciadores de las tendencias literarias á la moda. No entra en mi plan más que ocuparme de esos degenerados ó dementes que crean sus obras con arreglo á su propia vida psíquica morbosa y encuentran por sí mismos la fórmula artística de sus especialidades, es decir de los jefes que siguen su camino como quieren ó como tienen que hacerlo. En cuanto á los simples imitadores, los he dejado á un lado por principio en todo el curso de mi información; primero, porque los degenerados auténticos no forman entre ellos sino una escasa minoría, mientras que la gran mayoría es un hato de embaucadores y de parásitos perfectamente responsables, y luego después porque aun los pocos enfermos que se encuentran en sus filas no pertenecen á la clase de los degenerados «superiores», sino que son infelices débiles de espíritu que, tomados separadamente, no poseen ninguna importancia y no merecen á lo sumo una mención fugitiva, sino en tanto que atestiguan la influencia de sus maestros sobre desequilibrados.

Si pues, á pesar de esto, consagro un capítulo especial á los pretendidos «realistas» «jóvenes-alemanes», mientras que me he limitado á unas cuantas palabras